

ENRIQUE MONNIER

Me veo en aquella guardilla que habitaba cuando joven, en invierno, con la escarcha en los cristales de la ventana y una chimenea á la prusiana, sin lumbre. Sentado delante de una mesita de madera blanca, trabajo, escribo versos, con las piernas envueltas en una manta de viaje.

Llaman. «¡Adelante!» Y en el hueco de la puerta surge una aparición bastante fantástica. Figuráos una barriga, un cuello de camisa, una cara de burgués, cara

coloradota y afeitada, nariz romana, y gafas en ella. El personaje me saluda ceremoniosamente, y dice:—«Soy Enrique Monnier.»

¡Enrique Monnier, una gloria entonces! A un mismo tiempo actor, escritor, dibujante: la gente lo señalaba al pasar por la calle, y el señor de Balzac, el gran observador, lo estimaba mucho por sus aptitudes de observación; observación singular, preciso es decirlo, y que no se parece á la observación de todo el mundo. Muchos escritores, en efecto, han adquirido rentas y fama burlándose de los defectos ó de las debilidades ajenas. Monnier, en cambio, no ha ido muy lejos para buscar su modelo: se ha puesto delante del espejo, se ha oído pensar y hablar, y encontrándose enormemente ridículo, ha concebido esa cruel encarnación, esa prodigiosa sátira del burgués francés que se llama Prudhomme.

Porque Monnier es José Prudhomme, y José Prudhomme es Monnier. Todo les es común, desde los botines blancos hasta la corbata de treinta y seis vueltas alrededor del cuello. El mismo aire de

pavo real hinchado, el mismo aire de risible solemnidad, la misma mirada dominadora y redonda sostenida en el círculo de oro de sus gafas, los mismos extravagantes apotegmas pronunciados con voz hueca: «¡Si pudiera yo salir de mi pellejo siquiera una ó dos horas, dijo Fantasio á su amigo Spark, si pudiera yo ser ese señor que pasa!» Monnier, que no tenía más que muy lejano parecido con Fantasio, no ha querido ser jamás el señor que pasa; poseyendo en mayor grado que nadie la singular facultad de desdoblarse, salía de su pellejo algunas veces para divertirse consigo mismo y para reirse de su propia facha; pero pronto se reintegraba á su querida piel, á la preciosa envoltura, y aquel implacable ironista, aquel cruel burlón, aquel Atila de la estupidez burguesa, se volvía á encontrar en la vida privada el burgués más cándidamente astuto del mundo.

Entre otras preocupaciones, dignas verdaderamente de José Prudhomme, Enrique Monnier estaba poseído de una idea fija, común, por lo demás, á todos los magistrados de provincias que hacían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 3625 MONTEPERREY, NUEVO LEÓN

coplas por afición, y á todos los coroneles retirados que matan sus ratos de ocio traduciendo á Horacio: querían cabalgar en el Pegaso, calzarse el coturno de Talía, agacharse, aun á riesgo



de que se le rompieran los tirantes, para recoger en la palma de la mano un poco del agua purísima de Hipocrene; soñaba con las palmas verdes de la Academia con triunfos académicos; con obras suyas, representadas en el Teatro Francés. Ya— ¿no lo recuerda nadie?— ya había estrenado en el Odeon una obra en tres actos y en verso:

¡nada menos! como dicen los carteles: *Pintores y burgueses*, con la colaboración de un joven, viajante de comercio si no estoy equivocado, y muy experto en el arte de hacer versos.

No está mal estrenar en el Odeon; pero ¡en el Francés! ¡la casa de Molière!

Y durante veinte años, Enrique Monnier anduvo rondando la ilustre casa; anduvo del café de la Regencia al café de Minerva, frecuentando todos los sitios que frecuentaban los socios del Teatro Francés, siempre digna y correctamente vestido, afeitado á diario, y con el aspecto satisfecho de sí mismo de un personaje de comedia.

El bueno del hombre había leído mis versos; contaba conmigo para que le ayudase á realizar su

sueño; y para proponerme que trabajásemos juntos, se había echado al cuerpo los numerosísimos y empinados escalones de mi cuartucho de la calle de Tournon. Ya supondréis que aquello me halagó, y que acepté la oferta con alegría.

Al día siguiente fuí á su casa. Vivía en la calle de Ventadour, en una casa anti-



gua, de apariencia muy burguesa, en un pisito de aspecto muy característico, que delataba á un tiempo mismo al autor económico, minucioso y arreglado, y al solterón. Todo allí brillaba de limpio, así los muebles como los cristales. Delante de cada asiento, alfombrillas redondas con un ribete de paño colorado, cuidadosamente cortado á picos. Cuatro escupidores, uno en cada rincón. Encima de la chimenea había dos tazas, en cada una de las cuales veíase un poco de tabaco muy seco. Monnier tomaba rapé, pero no ofrecía á los amigos.

La habitación, á primera vista, me produjo una impresión de avaricia. ¡He sabido después que aquellas apariencias parsimoniosas escondían en el fondo una vida muy dura! Monnier no tenía fortuna: sólo alguna que otra vez, una representación, un articulejo, la venta de algún dibujo, aumentaban—no mucho por cierto—sus flacas rentas. Había adquirido poco á poco la costumbre de comer fuera de casa. Le invitaban con frecuencia y de buen grado. Él pagaba su escote contando, ó, mejor dicho, representando

á los postres historietas que hacían reír. Unas veces era un diálogo escandaloso, con imitación de las dos voces; otras se trataba de su personaje favorito, el señor Prudhomme, paseando su abdomen y su imperturbable solemnidad á través de las más escabrosas aventuras.

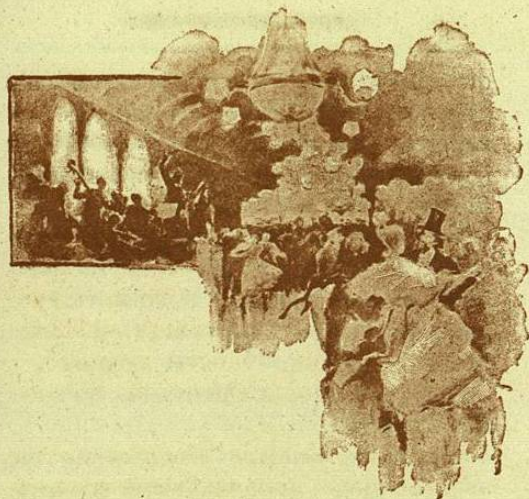
Todo esto lo contaba sin reírse nunca, porque el burgués que había dentro de Enrique Monnier se sublevaba secretamente contra aquel papel de bufón. Y luego tenía exigencias despóticas: un sueñecito de un cuarto de hora, después de la comida, fuese donde fuese; y envidias, rabietas, arrebatos de loro viejo cuando le quitan su hueso, si por casualidad llegaba cualquiera que le quitase la palabra en la mesa y quisiera eclipsarlo.

En un tiempo quisieron sacarle una pensión: para él hubiera sido una fortuna; pero en esas circunstancias, sus alegrías después de comer perjudicaron al pobre hombre. Malassis había publicado un resumen de aquellas alegrías en Bélgica; pasó un ejemplar la frontera, el pudor ministerial se declaró ofendido

con algunos cuentos, y voló la prometida pensión.

Tal es el hombre doble—*homo duplex*— que me hacía el honor de querer asociar su literatura á la mía. Fantaseador como yo era á los veinte años, me habría podido entender tal vez con el bufón; pero, desgraciadamente, era el burgués Prudhomme, y sólo el burgués Prudhomme, quien pretendía colaborar conmigo, y después de algunas entrevistas, no volví por su casa.

Sin duda, Enrique Monnier no me echó de menos, y de mi primer sueño de gloria no me queda más que el recuerdo de aquel viejecillo cómico, en su casita limpia y pobre, fumando poquito á poco algunas pequeñas pipadas, y sentado en el sillón de cuero, donde lo encontraron muerto una mañana, hace cosa de quince años.



CÓMO ACABÓ UN BORRACHÍN

Y LA BOHEMIA DE MURGER

Tendría yo dieciocho años cuando conocí á un personaje bastante singular, que ahora, á distancia, se me aparece como la viviente encarnación de un mundo aparte, de lenguaje especial, de costumbres extrañas, mundo que hoy ha desaparecido y casi está olvidado; pero